

EDUARDO DEL LLANO

✦ El universo
de al lado

ED DE
SALTO | PÁGINA

✦ El universo de al lado

Para Ana y Eva.

Para Stanislaw Lem.

Prólogo

(Diario de Nick)

Los dos tipos entraron al ascensor en el piso dieciocho o diecinueve. Aparte de mí, bajaban una pelirroja envuelta en una tela llena de agujeros y escudos de armas, un ejecutivo joven y uno viejo, y un negro de la limpieza que protegía contra su pecho a un bebé excesivamente arropado. Los nuevos usuarios, por su parte, se movían unidos y coordinados como siameses lascivos.

La muchacha me susurró algo al oído. Un proverbio finlandés, supuse, o por lo menos algo lleno de eles y kas. Sonreí con urbanidad y me encogí de hombros. La chica miró de reojo a los demás e insistió junto a mi oreja, pero tampoco ahora entendí nada. Volví a sonreír y me puse a estudiar un texto adosado a la pared, que explicaba los procedimientos a seguir en caso de accidente.

—¿Es usted imbécil? —dijo la presunta nórdica, y esta vez la oyeron todos, y todas las miradas me evaluaron—. Le estoy diciendo que ese tipo tiene una pistola.

Ahora la curiosidad colectiva se posó sobre uno de los recién llegados, el que se movía todo el tiempo pegado a la espalda del otro. El tipo no dijo nada. La curiosidad colectiva lo lamió de arriba abajo, y regresó a mí.

—Lo que el señor lleve en los bolsillos no es asunto mío —repliqué con cautela.

—No la lleva en el bolsillo. La tiene en la mano, con la punta clavada en las costillas del otro. Hubo un momento en que se apartaron un poco, y la vi.

Una segunda inspección masiva no reveló soluciones de continuidad entre los dos hombres. Todos miramos entonces a la cara del acusado.

—Está bien, está bien —cedió éste, y se apartó un poco para que pudiéramos ver—. Es verdad que estoy apuntando a este hijo de puta con una Luger, propiedad de mi abuelo en la segunda guerra. Es un arma de la que me siento particularmente orgulloso.

Y la puso a la luz un momento para que todos la viéramos. La mayoría retrocedimos un paso físico y diez kilómetros mentales; la muchacha se refugió detrás de mí. El ejecutivo de más edad, en cambio, emitió un silbido apreciativo.

—Una joyita. Una pieza de museo.

—Y cómo dispara —dijo el propietario, feliz de toparse a un *connoisseur*, y miró a la víctima como si considerara la pertinencia de ultimarla demostrativamente—. En fin, otra vez la verá en acción. Por el momento necesito vivo a este hijo de perra.

La muchacha se aclaró la garganta.

—Y... ¿qué ha hecho su amigo para merecer...?

—No es mi amigo.

—Era una forma de hablar —replicó la muchacha—, lo que quiero saber es si usted es policía, o...

En ese momento el ascensor sufrió una sacudida, y a continuación se detuvo.

—Lo que faltaba —dijo el negro—, este trasto volvió a joderse. Es la tercera vez en la semana que se traba en pleno descenso.

Displicente, se echó el bebé al hombro y buscó en su bolsillo. El de la pistola enarcó una ceja.

—Tranquilo, viejo —dijo el negro; exhumó su móvil y empezó a contarle a alguien lo que pasaba con el ascensor.

Según la información suministrada por el *display*, estábamos en el sexto piso. Según lo que podía verse forzando las hojas de la puerta a abrirse un milímetro, estábamos trabados entre el sexto y el quinto.

Los dos ejecutivos, previa solicitud de beneplácito, también echaron mano a sus móviles y avisaron de que tardarían.

—Haré que mis abogados pongan una demanda a la administración —anunció el ejecutivo maduro.

—No es para tanto —continuó el negro—. Hablé con los de mantenimiento, y nos sacarán enseguida. Diez, quince minutos.

—No sé cómo puede estar tan tranquilo con un bebé en brazos —le reprochó la falsa nórdica—. Es un milagro que no haya llorado todavía.

—Considerando que no es un bebé sino una escultura de madera recién barnizada, el milagro sería que llorase —dijo el negro—. Lo llevo al despacho del señor Montgomery, en el primer piso.

La víctima de la pistola se tambaleó y tuvo que apoyarse en el cristal. Su guardián lo sujetó para que no cayese.

—Soy claustrofóbico —explicó la víctima—. Dios mío, vamos a morir aquí. Ya me falta el aire.

El ejecutivo maduro sacó una botellita plana de algún estrato de su traje Armani, y se la tendió a la víctima.

—Es un *schnaps* bávaro de moras silvestres —ilustró—, le hará bien. Por cierto, me llamo Müller.

—Soy Rodríguez —se presentó la víctima después de un buen trago, y luego señaló al de la pistola—. Él es Kirk.

—Yo me llamo Chrissy —dijo la chica—. Kirk, ¿nos contará ahora de qué se trata este asunto de la pistola? Y no me diga que es una larga historia, porque tenemos tiempo.

—No es larga. Pero no es asunto suyo.

—No pienso esperar a que vengan a sacarnos —dijo el ejecutivo más joven—. Desconfío de la operatividad de una administración que sabe que esta jaula está averiada y no la hizo reparar de inmediato. Ah, y me llamo Leone.

—Intentamos hacer lo que usted dice —se defendió el negro—, pero la firma que usualmente presta servicios de reparación al edificio enfrentó una demanda legal por evasión de impuestos y lleva cerrada, a ver, el lunes hará dos meses. Y como no ha habido que lamentar pérdidas humanas, lo que demuestra que el desperfecto no es tan grave...

Leone bufó con sarcasmo.

—Sólo es la tercera vez esta semana, viejo —dijo el negro.

—Pero hoy es lunes —dijo Leone.

El negro hizo una mueca de aquiescencia.

—No diré que no. En fin, lo que sea. Mi nombre es Mercury, pero todos me llaman HG.

—Yo soy Nick —dije—, y estoy de acuerdo con Leone en que tendríamos que hacer algo. Rodríguez se ve mal.

—Pero si ya vienen a sacarnos —repitió HG—. Por otra parte, yo me sentiría más nervioso sabiendo que uno que no sabe lo que hace está trasteando los mecanismos del ascensor. Las cosas podrían empeorar, digo yo.

Aquello era bastante sensato. De hecho, las cosas empeoraron. Rodríguez dejó caer la botella plana, gimió como un niño malcriado y empezó a darse de cabezazos contra la pared.

—La verdad es que yo trabajé dos años en Oklahoma como técnico en reparación de elevadores —dijo entonces Kirk, el secuestrador—, pero no puedo echarle un vistazo y mantener vigilado a Rodríguez al mismo tiempo.

—Pero, ¿no ve cómo está? —chilló Chrissy—. Por Dios, le va a dar un ataque...

—Puede ser una treta —objetó Kirk—. Pura puesta en escena, si me preguntan. Ustedes no lo conocen como yo.

—Eso es porque usted no ha querido contarnos de qué se trata —ripostó la chica—. Yo lo único que veo es a un pobre hombre agonizante...

Rodríguez exhaló un quejido ilustrativo.

—Está bien —dije, y miré a Kirk—. Si quiere, yo le mantengo a Rodríguez encañonado para que usted revise el mecanismo del ascensor.

Todos me miraron.

—¿Y por qué iba yo a confiar en usted? —preguntó Kirk—. ¿Cree que voy a entregarle la pistola al primer puerco que me la pida?

—No soy policía, si es eso lo que está pensando —repuse—, y mantengo mi oferta. Como usted dijo antes con toda razón, esto no es asunto nuestro. Rodríguez podría ser el malo y usted el bueno, ¿verdad? Así que yo me limito a sostener la pistola y mantener el *statu quo* por unos segundos, para que usted trastee el mecanismo y nos saque de aquí antes de que este infeliz empiece a soltar espuma por la boca.

—Ya la está soltando —informó Chrissy—, pero yo que usted no confiaría en este hombre, Kirk. Si le entrega la pistola podría ponernos a todos en peligro.

—Tampoco soy un maníaco homicida —expliqué—; trabajo en el departamento de publicidad de la McDonald's.

—Eso lo convierte en un asesino en serie —dijo ella con repugnancia—. Incitar a comer *fast food* es un crimen, pero incitar a comer *fast food* regalando coleccionables a los niños es puro genocidio. Si va a darle la pistola a alguien, mejor me la da a mí.

—No le haga caso —dije—. Fíjese en cómo viste. Para ponerse esos trapos tiene que ser una *junkie*, para empezar.

Como dije antes, el atuendo de Chrissy era una especie de arpillera descolorida y llena de huecos, con motivos heráldicos alrededor de un escote tan generoso como el Canal de la Mancha. Debajo había una falda, pero para descubrirla era preciso mirar en el ángulo apropiado.

—Sucede que estos trapos, como los llama usted, son un modelo exclusivo de la línea de primavera de Victorio & Lucchino, y yo soy una modelo cotizadísima, y acabo de hacer una pasarela en el piso veintidós, y voy a la planta baja a cambiarme porque así lo exigieron los organizadores, para que nos exhibiéramos un poco ante la gente normal. —Suspiró.— De cualquier manera, yo no me pondría esto en la calle.

Rodríguez aulló, decidido a no dejarse arrebatar un gramo de protagonismo. En el silencio que siguió, escuchamos unos ruidos provenientes de la pared. Quizás llevaran ahí un par de minutos.

—Esos son los técnicos accediendo al mecanismo —ilustró HG, mirando el reloj—. En diez minutos habrán terminado.

—Eso dijo hace diez minutos —gruñó Leone.

—No puedo esperar tanto —jadeó Rodríguez.

Kirk suspiró. Chrissy extendió la mano. Al hacerlo, consiguió que uno de sus senos —pequeño, mullido— emergiera del escote. Sólo Kirk y yo nos dimos cuenta.

—Tome —dijo Kirk, entregándome la pistola.

Recibí el arma y la apunté hacia Rodríguez. El ex técnico en reparación de elevadores, con la ayuda de Leone, salió por el techo del aparato y empezó a hacer algo allá arriba.

—Esto es por su bien —le dije a Rodríguez—. Ahora, no haga nada raro o le pego un tiro.

La víctima no hizo nada raro. De hecho, a la salida de su guardián, dio signos inmediatos de mejoría.

—Déjeme decirle que ha sido un ardid muy inteligente —me dijo Müller— y quiero felicitarlo. Pero ya no tiene que fingir. Baje esa pistola.

—Se equivoca —repuse—, no fue un ardid. Me propongo hacer exactamente lo que dije que haría.

—Es un asesino —insistió Chrissy, triunfal—. Eso se nota. Estudié Sicología, sabe. Dos años. Lo dejé cuando me di cuenta de que tendría que tratar con locos.

—Kirk es un terrorista —dijo Rodríguez—. Yo lo descubrí allá arriba cuando se disponía a...

—Oh, Dios mío —gimió Chrissy—, no me diga que hay una bomba a punto de estallar. Oh, Dios mío.

—Una bomba no —la tranquilizó Rodríguez—, pero que no le quepan dudas de que pretendía hacerle cosas horribles a este edificio.

—¿Contaminarlo? —aventuró Müller.

—Pintarlo de amarillo chillón —dijo Rodríguez con gravedad—, con un pigmento que provocaría la ceguera de todos los que tuvieran que contemplarlo a menudo...

—Enséñeme su placa de detective —pedí.

—Nunca dije que fuera detective —replicó la víctima—; de hecho, soy oftalmólogo. Kirk trató de sobornarme...

—No tengo por qué creer su historia —dije—. Por lo que sabemos, usted podría estar inventándolo todo. Así que me hace el favor de reparar en el hecho de que le estoy apuntando con una Luger de la segunda guerra.

—Nazi —me espetó Chrissy con renovado encono—. Ya verán cómo en un minuto empieza a torturarnos.

Pero no tuve tiempo de confirmar su predicción o desmentirla. De improviso el ascensor recobró el habla y se movió un poco, hasta salir del atolladero. Entraron dos policías. Miré hacia arriba, no tanto en un arranque místico como para buscar a Kirk. Pero Kirk había desaparecido. Y los policías, envidiosos de la pistola en mi mano, me enseñaron las suyas.

I

Primero desapareció Bulgaria.

Fue curioso constatar que la ausencia del país balcánico, en sí misma, no pareció inquietar a nadie. Al menos, la prensa seguía dedicando más espacio a las veleidades de Paris Hilton o las revueltas callejeras en el otro París, el fagocitador del Sena, el de la torre a medio construir. Es cierto que se quejaron los países limítrofes: Rumanía, Serbia, Macedonia, Grecia y Turquía, cuyas fronteras habían quedado cortadas con la limpieza de una tarta de cumpleaños. Rumanía, en particular, se quedaba sin el Danubio. Las Naciones Unidas prometieron estudiar el caso.

Con Bulgaria habían desaparecido los búlgaros, excepto aquellos a quienes la fortuna pilló en suelo extranjero, y que solicitaron inmediato asilo en el país en que se hallaban. Bueno, eso al menos hicieron quienes asistieron a la volatilización de su patria desde suelo europeo o norteamericano. Los demás prefirieron irse a una isla desierta del Pacífico y fundar allí una nueva Bulgaria, mejor que la vieja. Nadie les hizo mucho caso, y al cabo del tiempo descubrieron que la isla sólo estaba desierta en esa época del año; en verano era destino turístico de alemanes y británicos.

Con Bulgaria desapareció la cultura búlgara. Aunque la literatura se salvó en su mayor parte por estar guarecida en bibliotecas de todo el mundo, y si bien en ciertos campos, como el cine y la música popular, lo acontecido era casi de agradecer, la pérdida irreparable de la arquitectura consternó a numerosos críticos e historiadores. El búlgaro se convirtió en una lengua muerta por derecho propio, y los nacionales sobrevivientes aquí y allá dejaron de hablarlo enseguida.

Las ONG deseosas de enviar ayuda humanitaria, perplejas, no sabían a quién socorrer. Por falta de una explicación sensata de lo ocurrido, los científicos se desentendieron, y una semana después del suceso, nadie hablaba de él. Las predicciones para los Oscar ocuparon las primeras planas.

La noche de la ceremonia de los Oscar se esfumó Paraguay.

Normalmente, ver a un paraguayo es sólo un poco más fácil que ver al Yeti. La inmensa mayoría de la gente vive sin Paraguay. Es verdad que esa mayoría, de hecho, no vive sino con su casa, su trabajo, un par de calles y dos periódicos, pero es que en esas calles no hay restaurantes paraguayos, ni los periódicos reseñan el acontecer político, o cualquier otro, de la nación guaraní. Como cuando se hace público un juicio por cohecho o se descubren ruinas bambara, la gente buscó ese día en mapas, en el diccionario, en Internet algunos datos esenciales. El día más importante de la historia paraguaya no fue, por consiguiente, el de su descubrimiento, su independencia, ni siquiera el del último golpe de estado, sino el de su desaparición.

Y, también hay que decirlo, una comedia paraguaya obtuvo el Oscar a la mejor película extranjera.

La ONU designó a una comisión para que investigara lo ocurrido a dos de sus estados miembros. La representación norteamericana se había mostrado desconcertada, sin ideas claras al respecto: en esos casos solían apelar a una invasión humanitaria, pero ¿qué haces cuando el país a invadir ha decidido no dar

la cara? Cuba y Venezuela llegaron a redactar un documento que acusaba a los Estados Unidos de haber robado Bulgaria y Paraguay, pero en definitiva decidieron esperar un poco, para procurarse alguna clase de prueba.

Entonces desapareció la Luna. Y ahí sí puso todo el mundo el grito en el cielo.

Y Nick O'Donnell fue llamado con urgencia a Nueva York. Como ya estaba en Nueva York, se limitó a tomar el ascensor para bajar al nivel del suelo y dirigirse al sitio en que lo necesitaban. Aparte de él, bajaban una pelirroja envuelta en una tela llena de agujeros y escudos de armas, un ejecutivo joven y uno viejo, y un negro de la limpieza que protegía contra su pecho a un bebé excesivamente arropado.

—No conozco ese país —dijo Nick, preguntándose cuándo sería aconsejable ponerse cómodo.

—Tratándose de un americano, debo decir que me sorprendería lo contrario —suspiró el individuo moreno que, pese a ser un desconocido, parecía tener autoridad sobre los jefes que Nick conocía—. En este país la gente piensa que Mali y Bali es la misma cosa, y ambas una deidad hindú.

—O que Cancún está en Méjico —aportó Gallagher, el jefe inmediato de Nick.

Se hizo un silencio en que cada uno de los tres pensó que los otros dos eran idiotas.

—Cancún *está* en Méjico —dijo el desconocido.

—Muy bueno —dijo Gallagher—, funcionará con el enemigo. Ah, por cierto, Nick, ya puedes ponerte cómodo.

Nick se distendió. El individuo moreno tocó algo sobre la mesa y la luz perdió intensidad; apareció un mapa en la pared.

—Lipidia es un país que no figura en los mapas, porque los fabricantes de mapas han sido comprados por el oro lipidia-

no. Tiene un observador en la ONU, disfrazado de asistente del embajador de Costa de Marfil. Su misión, O'Donnell, será penetrar en territorio lipidiano, y realizar un atentado terrorista.

Nick asintió. El desconocido moreno se le quedó mirando con fijeza, como esperando una pregunta. Nick desvió la vista hacia su jefe.

Gallagher era un escocés pelirrojo y expansivo. Dada la naturaleza de su trabajo, esta última característica resultaba más bien un estorbo. Gallagher luchaba contra su bonhomía como un *dandy* contra la calvicie, pero era inútil, su innata cordialidad lo traicionaba. Ahora le sirvió un poco de whisky a Nick. Sólo a Nick: el otro aseguró que no bebía, ni siquiera estando de servicio.

—Tenemos —dijo— motivos para creer que la reciente desaparición de Rumania y Uruguay...

—Bulgaria y Paraguay —acotó el moreno.

—Eso. Que la desaparición de esos países tercermundistas, y ahora de la Luna, es obra de agentes lipidianos. Verá, Lipidia es un país diferente al resto, no sólo porque no aparezca en los planisferios. En otras naciones terroristas, los terroristas son un pequeño grupo, un partido o una secta fundamentalista que obra, según creen sus miembros, para salvaguardar la integridad religiosa, cultural, o nacional. Este fin justifica todo tipo de atrocidades contra el enemigo.

—Que casi siempre somos nosotros —aportó Nick.

—Exacto. Ahora bien, en Lipidia los terroristas, si bien tan fanáticos como cualquier otro terrorista dado, no son un pequeño grupo. Ni siquiera son la mayor parte de la población. Son *toda* la población.

Nick se bebió su whisky.

—Supongo que querrá decir toda la población masculina adulta.

—He querido decir lo que dije. Lipidia es el país terrorista por excelencia. Ejecutivos, deportistas, cineastas, amas de casa, incluso los militares no tienen otro credo que el atentado ciego donde mueran inocentes. Los niños, desde la escuela, son entrenados en la fabricación y uso de bombas, en tácticas de sabotaje, represión y asesinato. Por lo general, realizan las prácticas dentro de su propio país, atendiendo al principio de que sólo el buen ciudadano es culpable.

Nick trató de colocar sus objeciones en una fila ordenada.

—Pues ya me dirán cómo llevar a cabo un atentado terrorista en un país en que eso es rutina, y lograr que se note la diferencia —dijo Nick.

—Tendrás que ingeniártelas para ello. En todo caso, no estarás solo. Formarás parte de un comando de cinco miembros.

—¿Y en qué medida ejecutar una acción terrorista en Lipidia nos acercará a nuestro objetivo de recuperar la Luna? Yo diría que, si el atentado tiene éxito, se volverán más cautelosos que nunca.

—Se pondrán nerviosos y cometerán errores —dijo Gallagher—. Nunca un extranjero ha hecho estallar el más inofensivo petardo en Lipidia. Por supuesto, para llevarlos al estado que buscamos, vuestro atentado ha de ser el más original de todos los tiempos... El premio Nobel del terrorismo, por así decirlo.

Nick se encogió de hombros.

—Eso, asumiendo que la Luna efectivamente haya desaparecido. Quizás se trate sólo de que han hallado la forma de que no se vea desde la Tierra, cubriéndola con alguna clase de pantalla o...

—Descartado —replicó el escocés—. La NASA es concluyente al respecto: la Luna no está ahí.

—¿Y por qué no torturar un poco a algún lipidiano para hacerlo hablar?

Gallagher miró de reojo al moreno, y sonrió.

—Supongo que querrá saber dónde se encuentra Lipidia.

—Sería una ayuda —admitió Nick.

—Pues a nosotros también nos vendría muy bien enterarnos —replicó Gallagher con un suspiro.

—¿No saben dónde queda...? ¿Y para qué, en nombre de Dios, me muestran el mapa?

—Sólo para que comprobases que no aparece Lipidia por ningún lado. Y, así como no sabemos dónde queda el país, no hemos visto nunca un lipidiano vivo. Ni siquiera al asistente del embajador de Costa de Marfil. Quizás sólo se trate de una leyenda de las Naciones Unidas.

Aquello era demasiado para Nick. Se sentía desorientado, como si todo fuera irreal excepto su vaso de whisky. Y el vaso ya estaba vacío.

—No he sido del todo sincero —admitió Gallagher—. La verdad es que conocemos a un lipidiano. Uno sólo.

—Perfecto. Llénenlo a Guantánamo...

—No será necesario. Nick, te presento a Dante, el jefe de la operación.

Y el moreno le tendió una morena siniestra, que hizo crujir las sensibles articulaciones de Nick.

—¿Usted...? —balbuceó la víctima—. Entonces, ¿cómo es que no sabe...?

—Vine a los Estados Unidos siendo un niño. No recuerdo nada de Lipidia. De hecho, ni siquiera recuerdo a mis padres, pero sólo me quedan unas fotos, así que deben de haber muerto. O me abandonaron, que es igual.

—¿Y cómo sabe que nació en Lipidia, si no recuerda nada?

El moreno lo miró de hito en hito, y empezó a quitarse la camisa. Tenía la piel tersa, lampiña, y una musculatura difícil de conseguir por las vías legales.

—No quise ofenderlo —dijo Nick.

Dante se volvió. Tatuado en la espalda, tenía un mapa.

Un mapa de Lipidia. Sin anotaciones más allá de las fronteras.

—Ha crecido conmigo, así que las proporciones entre el norte y el sur pueden haberse alterado. Era un niño raquítico, ya sabe.

Volvió a cubrirse.

—Seremos cinco. Ya conoció a los otros en el elevador: Mercury, Chrissy y Rodríguez. Bulgaria, Paraguay y la Luna desaparecieron con una semana de diferencia, así que tenemos siete días para encontrar Lipidia, diseñar la operación y ejecutarla. Oh, bueno, y si es posible, escapar con vida. ¿Alguna pregunta?